

enda de Queramaro, distante cerca de una legua del pie del monte, por el que se subia al Valle de Santiago, y de este modo, una gran parte de la comandancia de Torres le era de un todo inutil. Los realistas obraban tambien con gran actividad en Tierra Caliente de Valladolid. Los patriotas se habian llenado de terror, y tal era la falta de unidad en sus operaciones, que aun las escaramuzas que solian empeñarse con el enemigo, eran de poquisima importancia.

Viendo Torres que el enemigo no lo perseguia con tanto conato como hasta entonces, hizo un pequeño esfuerzo para socorrer la guarnicion de Jaujilla, en cuyo sitio proseguia Aguirre con mucha constancia. Cuando llegó a distancia de legua y media del enemigo, despachó a D. Pablo Erdozain, excelente oficial de caballeria de quien ya hemos hecho mencion, para que con un cuerpo de 300 hombres atacase otro enemigo de igual fuerza, que salia todas las mañanas a forragear. D. Pablo tomó mui juiciosamente sus medidas, colocó sus tropas en emboscada y esperaba con ansia a los realistas, que tardaron en aproximarse. Casi no podia dudarse del feliz exito de la accion. Los enemigos entraron en la emboscada sin la menor sospecha y sin orden. En aquel favorable momento D. Pablo mandó atacar, pero tubo la pesadumbre de ver que en lugar de obedecerlo, las tropas volvieron la espalda y echaron a huir. Los realistas los persiguieron y el valiente Erdozain pudo salvarse, aunque con grandes dificultades y peligros.

Otro encuentro con una partida enemiga ocurrió casi al mismo tiempo en una hacienda llamada Surumuato, situada a pocas leguas de Penjamo y el exito fue tan fatal como el de la accion que acabamos de referir, pues aunque el enemigo estuvo vencido y pudo ser totalmente derrotado, se rehizo y ganó la accion, por la fuga de los patriotas en el momento critico.

El P. Torres, lejos de manifestarse humillado por tantos

infortunios, cada dia era mas despótico y caprichoso: al fin cometió una tropelia que hizo ver a sus subalternos cuan poco seguros estaban bajo sus ordenes. D. Lucas Flores, comandante del Valle de Santiago, que habia sido uno de los mas utiles y mas constantes amigos de Torres, fue arrestado bajo un frivolo pretesto, y, sin formacion de causa, ni darle lugar de defenderse, conducido a los montes y pasado por las armas. Los pormenores de este suceso ponen en su verdadero punto de vista el caracter de Torres. Mandó a Flores que se presentase tal dia en tal punto. D. Lucas obedecio y Torres con su Estado Mayor se hallaba en el sitio indicado. Abrazaronse como dos amigos, conversaron largo rato y se pusieron a jugar a las cartas. Despues del juego, en que Flores perdió todo el dinero que traia, comieron juntos con la acostumbrada franqueza que entre ellos reinaba. Acabada la comida Flores fue arrestado, sin haber precedido esplicacion alguna sobre esta medida, y todas sus prendas distribuidas entre los individuos del Estado Mayor. Torres se quedó con el mejor caballo, y cuando el desgraciado Flores le dirigió la palabra, para saber que significaba lo que estaba viendo, le volvió la espalda, mandandolo retirar.

Tres meses habia durado el sitio de Jaujilla y al cabo de este tiempo, el comandante Lopez de Lara y algunos de sus oficiales empezaron a tener alguna inquietud. Previendo que el fuerte seria al fin reducido por hambre y que en este caso la guarnicion seria tratada como la de las otras fortalezas que habian caído en manos de los realistas, Lopez de Lara y sus compañeros pensaron en tomar con tiempo las precauciones necesarias a su seguridad. Ocultaron sus intenciones a los capitanes Christie y Devers, pues sabian que estos no consentirian en rendir el fuerte, interin fuese susceptible de defensa. Enviaron secretamente proposiciones a Aguirre ofreciendole entregar el

fuerte y los dos Anglo-Americanos. Esta oferta, como debia esperarse, fue aceptada sin dificultad. Lara y los suyos se apoderaron de los oficiales de Mina, y los enviaron al cuartel general enemigo. Aguirre, en esta ocasion, se portó con magnanimidad, observando una conducta opuesta enteramente a la que habian seguido Liñan y otros gefes realistas. Reprendió severamente a Lara por su perfidia con los aliados de su partido, y mandó que los dos oficiales estrangeros fuesen tratados con todas las consideraciones compatibles con su seguridad. Los tropas de la guarnicion, en lugar de ser pasadas por las armas, fueron puestas en libertad.

Aguirre, despues de destruir el fuerte, y dejando una guarnicion en el pueblo de Zacapo, para evitar que los patriotas volviesen a su antigua posicion, volvió a Valladolid, llevando en su compañía los dos oficiales americanos. Allí fueron puestos en un encierro hasta que llegasen las ordenes del virrei sobre lo que con ellos se habia de hacer. Las ordenes llegaron mui en breve, y en ellas se mandaba a Aguirre que los hiciese pasar por las armas. El generoso Aguirre se negó muchas veces a obedecer este mandato, y finalmente con tanto zelo intercedio en su favor que logró a lo menos que se les respetase la vida: mas apesar de todo su empeño por que se les diera libertad, no lo pudo conseguir. Los dos oficiales americanos pasaron a la capital y de allí fueron enviados a la Peninsula.

Torres continuaba la carrera de sus imprudencias, recorriendo el pais sin plan fijo, apoderandose arbitrariamente de los bienes que se le antojaban y quemando los pueblos y las haciendas, bajo pretesto de que el enemigo no encontrase auxilios en los progresos que iba haciendo. La desgraciada ciudad de Puruandiro fue dos veces incendiada. Penjamo tubo la misma suerte. Soló una iglesia quedó en pie en cada uno de estos pueblos, y los habitantes se

vieron precisados a residir entre sus ruinas. En fin, los excesos de aquel gefe llegaron a ser tan intolerables, que el pueblo de su comandancia lo temia y aborrecia mas que a los realistas.

El gobierno revolucionario, entretanto, habia sufrido muchas vicisitudes. Despues que salió de Jaujilla, se estableció en Tierra Caliente de Valladolid, donde el enemigo no tenia tantas fuerzas como en Bajío, y donde, por las ventajas naturales del pais, podia ocupar posiciones, si no seguras, favorables a lo menos para una fuga, en caso de sorpresa. Ayala, presidente, Lojero, secretario, y Tercera, uno de los individuos de aquel cuerpo, dieron su demision, sea porque se cansasen de egercer sus funciones, sea porque conociesen que sus servicios no podian ser utiles a la patria. El Dr. San Martin pasó a un pequeño pueblo llamado Zarate, donde D. Antonio Cumplido, D. Pedro Villaseñor, y D. Pedro Bermeo fueron nombrados gobernadores, y San Martin presidente por razon de antigüedad.

El nuevo gobierno estaba rodeado de ostaculos que era difícil o casi imposible sobrepujar. Por grande que hubiera sido ademas su zelo en el restablecimiento del orden, y en dar un nuevo impulso a la causa de la revolucion, ocurrió un suceso que inutilizó todos sus esfuerzos. En el mes de Febrero de 1818 el enemigo se apoderó, por sorpresa, de Zarate, donde se hallaba a la sazón el gobierno, y del presidente San Martin, que por ser de edad mui avanzada, no pudo huir con sus compañeros. Cumplido dejó su empleo, mui convencido del mal estado en que se hallaban las cosas y de la imposibilidad de establecer en aquel conflicto un gobierno arreglado. Sin embargo, se formó una especie de autoridad civil y los puestos de San Martin y Cumplido fueron ocupados por D. Jose Pagola, patriota honrado e inteligente y por D. Mariano Sanchez de Ariola.

Estos, con Villaseñor y Bermeo, componían el cuerpo gubernativo, de que Villaseñor era presidente.

El primer objeto que ocupó la atención del nuevo gobierno, fue la contienda que se había suscitado entre el P. Torres y dos oficiales de su cuerpo, D. Andres Delgado y el Brigadier Huerta. Estos dos oficiales mandaban cuerpos patriotas. Delgado estaba a la cabeza de las tropas que había mandado el desgraciado Flores. La conducta de Torres había llegado a ser tan insostenible y tiránica, que Delgado y Huertas no quisieron someterse por más tiempo a su autoridad, y convocaron, por el mes de Abril, en Puruandiro, un consejo de gefes patriotas, a que asistió el mismo Torres, con el objeto de nombrar otro comandante en jefe. En efecto, recayó este nombramiento en el Coronel D. Juan Arago. El Padre se retiró muy en breve de la Junta, en compañía de algunos gefes, que no gozaban de mucho crédito. Pudo inducir a estos a que enviasen al gobierno una petición en su favor, declarando que estaban muy satisfechos de su conducta y suplicando que se le devolviese el mando. El gobierno, sin embargo, ratificó el nombramiento de Arago, con el título de comandante general de la provincia de Guanajuato y concedió a Torres su retiro, con todos sus sueldos y honores. Esta medida lo incomodó sobremanera, especialmente por la circunstancia de no haber sido nunca un amigo sincero de Arago.

Su inquietud y su ambición no le permitían ceder sin aventurar antes otro esfuerzo, para restablecerse en el mando supremo. El 28 de Abril, teniendo a su mando 1500 hombres, inclusa la infantería, recibió noticias de que una pequeña división enemiga, compuesta de 400 hombres, y mandada por el coronel Bustamante, estaba en el rancho de Los Frijoles. Determinó atacar al enemigo para recuperar su antigua popularidad. Lo sorprendió en efecto,

y a pesar de todo perdió completamente la acción, en virtud de sus pocas acertadas disposiciones. Apenas había empezado la acción, la caballería huyó, sin entrar en ella y dominada de aquel infundado terror, de que ya había dado extraños ejemplos. Torres que estaba a alguna distancia en la retaguardia, viendo la confusión de sus soldados, en lugar de procurar reunirlos, se puso también en fuga. La infantería abandonada, y obligada a luchar sola contra fuerzas tan desiguales, se formó debajo de unos árboles y con admirable valor se estuvo defendiendo, hasta que todos los soldados murieron, menos uno.

Inmediatamente que Arago recibió del gobierno el aviso de su nombramiento, lo puso en noticia de Torres, quien le respondió que aquel acto era ilegal, y que por consiguiente no le prestaba obediencia. Uno de los gefes que más habían contribuido a la deposición de Torres, era D. Andres Delgado, más conocido bajo el nombre del Giro, indio de nacimiento, y aunque falto de educación, singularmente ingenioso y muy diestro en la guerra de partidarios. Su valor era impetuoso; su actividad asombraba al enemigo. Su edad era de veinte y cinco años, y en su corta carrera militar, había recibido veinte y dos heridas. Mandaba los dragones del Valle de Santiago, que formaban el más bello y el más útil de todos los cuerpos patriotas de Nueva España. Entre las tropas reales, pocas había que lo igualasen en el campo de batalla, y ninguna que lo excediese en valor. Los dragones montaban los mejores caballos del país, y, contra la costumbre de los patriotas, siempre estaban en movimiento, y alarmando constantemente toda la parte del Bajío situada entre Salamanca y Zelaya. El Giro y sus dragones no eran muy afectos a Torres, y aguardaban con impaciencia que se les diese la orden de hacerlo obedecer por fuerza. Arago, que conocía los resultados que podría traer consigo una reyerta de esta

clase, determinó adoptar medidas pacíficas, antes de echar mano de las violentas.

Torres estaba ayudado por el ex-presidente D. Ignacio Ayala; la fuerza que tenía inmediatamente a sus ordenes era de 120 hombres, pero lo apoyaban secretamente D. Encarnación Ortiz y D. Miguel de Borja.

La división de Mina estaba aniquilada; nueve oficiales y cuatro soldados eran los únicos que habían sobrevivido. Los que se habían quedado con Torres, viendo el mal trato que se les daba, lo abandonaron, excepto uno solo, y este lo dejó también y se fue a unir con sus compañeros, cuando tubo noticia del nombramiento de Arago.

Este tubo que acudir, con harto sentimiento, a las armas, después de haber visto frustradas todas las medidas conciliatorias que había tomado, para que Torres reconociera su autoridad.

Torres, incapaz de medir sus fuerzas con las de Arago, acudió a sus amigos, Borja y Ortiz. Esperando que con el auxilio de estos podría recuperar su antiguo poder, publicó una proclama arrogante y absurda, en que declaraba que el establecimiento del gobierno en Tierra Caliente de Valladolid era ilegal, mandaba prestar obediencia a D. Ignacio Ayala, como a única cabeza legítima de la autoridad civil y convidaba a todos los verdaderos americanos a que acudiesen a vindicar sus derechos. El Padre salió de la hacienda de Burras, con cerca de 300 hombres que le habían dado Borja y Ortiz, y se dirigió a Penjamo, de cuyo punto, Arago había tomado posesión en el mes de Julio. Arago tubo avisos de aquellos dos gefes, diciendole que si habían suministrado una escolta al Padre, había sido tan solo con la idea de arreglar aquellos disturbios amigablemente, y no con intención de obrar de un modo hostil. Después de una correspondencia entre unos y otros, se decidió tener una conferencia en Surumuato, a orillas del Río

Grande, quedando separadas, por las aguas del río, las dos tropas contrarias. Arago, tanto para evitar la efusión de sangre, como para que no se le echasen en cara jamás las consecuencias que deberían acarrear aquellos disturbios, adoptó la propuesta, aunque conocía muy bien las perfidas intenciones de Torres y de sus partidarios.

Arago se presentó en Surumuato con 200 hombres, pero muy en breve conoció que la disputa solo podía terminar restituyendo al Padre su poder y declarando ilegítimo al nuevo gobierno. Después de haber perdido dos días, en inútiles tentativas de conciliación, echando de ver que sus contrarios lo estaban divirtiendo para ganar tiempo y congregar mayores fuerzas, rompió las negociaciones, dandoles, por último término, un cierto número de horas para que resolviesen si obedecerían o no al gobierno. Espirado el término, sin dar respuesta alguna, Arago tomó las medidas oportunas, para reducir por fuerza a Torres y a los suyos. El Giro, con unos pocos de sus valientes dragones de Santiago, decidió en breve el asunto. Pasó el río, atacó animosamente a los rebeldes y los puso en derrota. Torres se salvó por la ligereza de su caballo; huyó a los montes de Penjamo y allí se reunió con algunos fugitivos. Sus amigos, previendo que las consecuencias de aquella división les serían funestas, enviaron su adhesión al nuevo gobierno. Sin embargo, Torres con los pocos que lo seguían tubo varias escaramuzas con las tropas de Arago, y aunque, siempre salió mal de estas acciones, no fue posible apoderarse de su persona. Esta contienda entre Arago y Torres, terminó cuando se adelantó hacia aquellos puntos una división de realistas, al mando del Coronel Donallo. Este gefe estableció un puesto militar en Penjamo, y así cortó a Torres la retirada a sus escondites en el llano y en los montes de aquellas cercanías. Su situación era cada día más desesperada; al

fin, viendose perdido, desbandó la poca tropa que le había quedado, y, con su consero Ayala y algunos criados, se acogió a la proteccion de los hermanos Ortiz. Estos intercedieron con el gobierno en su favor, y, apesar de que su conducta anterior merecia el mas severo castigo, se le permitió vivir tranquilo, con la espresa condicion de no volver a entrometerse directa ni indirectamente en los negocios publicos. Ortiz salió garante de la observancia de esta clausula, y así terminó su carrera este clérigo ambicioso. Por Junio del año siguiente, estaba vagando en los montes cercanos a San Felipe, huyendo de las persecuciones de los realistas. Dicha suya fue no caer en manos del Giro, porque tan exasperados estaban este y todos los oficiales de Mina contra el Padre, que si lo cogen, quizás lo hubieran sacrificado a la memoria de aquel general.

La situacion de los patriotas en la provincia de Guanajuato se fue empeorando de dia en dia. Sin embargo, aunque todos los pueblos estaban ocupados por guarniciones realistas, los patriotas les hacian la guerra en el campo. Pasaban de los montes a los llanos, segun les convenia, pero sin observar orden alguno entre si y sin querer seguir un plan combinado.

En la parte occidental de Tierra caliente, la causa de la revolucion habia tomado mejor aspecto. El enemigo habia seguido allí con tezon el sistema adoptado en Guanajuato de guarnecer todos los pueblos con tropa, por cuyo medio habia subyugado de tal modo la oposicion, que se lisongeaba con la esperanza de realizar mui en breve una total pacificacion, especialmente por haber obligado a las tropas mandadas por el teniente general D. Vicente Guerrero, a retirarse en las montañas inmediatas a la costa del Oceano Pacifico. Este general fue uno de los hombres mas extraordinarios que las revoluciones han producido. Antes y despues

de la muerte de Morelos, Guerrero se habia distinguido por su intrepidez y actividad. En los montes de Misteca, con solo un puñado de indios mal armados, habia ganado una accion brillantísima.

Los realistas eran mui descuidados en sus campamentos, especialmente por la noche, y mucho mas en Misteca, donde sabian que Guerrero no tenia bastantes tropas para atacarlos. Un cuerpo de 300 realistas campó a pocas millas de el punto en que Guerrero se hallaba con sus indios. Propusoles atacar al enemigo en medio de una noche de lluvia y de tormenta. Los indios consintieron en ello, y la operacion se llevó a efecto con tanta prontitud y silencio, que Guerrero se halló en medio del campamento, antes que el enemigo supiese su llegada. Los realistas llenos de terror huyeron como pudieron: muchos de ellos murieron a manos de los indios, en cuyo poder quedaron armas, caballos, &c. Esta y otras hazañas habian acreditado el nombre de Guerrero; pero acia fines de 1817, se habia visto tan estrechado por el numero superior de los realistas, que tubo que abandonar sus antiguas posiciones, y, en compañía de un solo criado, pasó las líneas enemigas y entró en Tierra Caliente de Valladolid, donde despues de muchas vicisitudes pudo, en el Otoño del año siguiente, destruir con 80 hombres, un cuerpo de 400 realistas. De sus resultas pudo disponer de algunas armas, y encender una centella que inflamó mui en breve toda la Tierra Caliente. Antes que el enemigo pudiera recobrase de la sorpresa que le causó este nuevo antagonista, lo atacó en diferentes puntos, lo desbarató en diferentes acciones y reanimó los espíritus abatidos de los patriotas en la parte occidental de Megico y en la intendencia de Valladolid. El Virrei, a quien esta novedad causó la mayor inquietud, mandó tomar las mas vigorosas medidas contra Guerrero; y en su virtud, el brigadier Negrete recibió orden de pasar

a Tierra Caliente, como lo hizo, asegurando que iba a aniquilar a Guerrero y a su partido. Conforme a las ordenes que traia, Negrete pasó a la villa de Churumuco, colocada a la orilla derecha de un rio que corre acia el Este, y se une con el Marquez, a pocas leguas del pueblo. El punto en que estas dos corrientes se unen, se llama Zacatula. Desde allí vió que el gefe patriota habia tomado posicion en la orilla opuesta, pero, no juzgando prudente atacarlo, viendo que el mismo no podria sostenerse allí mucho tiempo por falta de viveres, y temiendo el funesto influjo del clima, hizo un movimiento retrogrado, y, con gran verguenza de los vasallos realistas, volvió a Valladolid sin haber hecho nada.

En aquella misma epoca, una parte de las tropas de Jalpa nombró por su comandante en gefe a D. Miguel de Borja, el cual, para admitir este cargo, tubo que dejar la comandancia de Burras.

La ocupacion de Penjamo por los enemigos, habia privado a Arago de los recursos pecuniarios con que contaba, para formar y equipar nuevas fuerzas, y creyendo que en Burras podian hallarse grande arbitrios, sabiendo emplear medidas suaves, y que por la proximidad de este punto a Guanajuato, le seria facil ponerse en correspondencia con los patriotas de esta ciudad, tomó el mando de aquel distrito, de que Borja habia hecho dimision. Las esperanzas de Arago fueron vanas; porque no tardó en saber que su predecesor habia impuesto tantas contribuciones a los infelices labradores, que se hallaban en situacion mui critica, y como era opuesto a las medidas violentas de que tanto habian abusado Torres, Borja y otros, se vió reducido a los recursos que le proporcionaban para las necesidades de sus tropas, algunos pocos individuos. Poco tiempo antes que Borja dejase la comandancia de Burras, los habitantes le habian pagado doce meses adelantados de contribuciones,

por cuyas circunstancias y por las que ya hemos mencionado, Arago se vió en la imposibilidad de realizar sus planes.

Antes que saliera Borja de Burras, ocurrió un suceso que causó una general pesadumbre entre los patriotas. D. Jose Maria Liceaga, de quien ya hemos hablado como de un defensor imperterrito de los derechos de su patria, fue traidoramente asesinado. No faltó entonces quien atribuyese este crimen a Borja. Liceaga se habia separado de la vida publica, y vivia retirado en su hacienda de La Gabia, que estaba situada en el distrito de Burras. Viajando solo por el camino real, encontró una partida de las tropas de Borja, mandada por un capitan. Inmediatamente que lo vieron, y sin mas previa explicacion, lo atacaron aquellos malvados; se puso en fuga, pero el oficial que mandaba le tiró un tiro que lo hizo caer al suelo y allí lo acabaron de matar. Borja ha tratado despues de paliar este atentado con el pretesto de que Liceaga se encaminaba a Trapató a entregarse al enemigo, e implorar el perdon real.

Todos los que conocen a Liceaga saben que esta acusacion es una calumnia. Su adhesion inalterable a la causa de la revolucion durante todas sus vicisitudes, la tenacidad con que reusó todas las proposiciones conciliatorias que le hizo el enemigo, y la firmeza de su caracter que se manifestó en muchas ocasiones criticas, son otras tantas circunstancias que prueban cuan infundado y absurdo es aquel cargo. Lo cierto es, segun se dijo generalmente, que Borja, pocos dias antes del asesinato pidió mil pesos a Liceaga, el cual se los franqueó inmediatamente, y que despues pareció oportuno deshacerse de un hombre que exigiría en lo sucesivo el pago de esta deuda, y que, ademas, no cesaba de desaprobar, en los terminos mas energeticos aquella clase de medidas arbitrarias.